

## Don Lorenzo ha Muerto

por el Lic. Miguel Sotomayor R.

De pronto la vida quedó en suspenso, aleteó con agonía serena, apacible y apenas musitante, y se elevó en el vuelo misterioso que trasplanta a las almas puras, desde este ámbito temporal a la eternidad de Dios.

Así pensamos que sucedió cuando un hombre venerable, el Señor Licenciado Don Lorenzo Martínez Negrete, se iba de este mundo después de escalar la cuesta fatigante de los días, hasta la augusta montaña de la serenidad de que hablara el poeta.

La sombra y el silencio, como un decorado luctuoso, cubrieron los restos mortales de nuestro querido Maestro, pero en el horizonte de su último ocaso quedó para siempre la estela fulgurante de su vida ejemplar.

Con paso cansado pero firme, había llegado al final de la ruta, henchida el alma con el goce íntimo de los valores que enaltecen al hombre: la Justicia, el Bien, la Belleza, el Amor; desgarrado y maltrecho, como un Quijote que agotó el ímpetu de la vida en los Campos de Montiel, hasta el último esfuerzo: derribe y caída del hombre sobre la tierra para elevarse al cielo.

Amó la vida, con el noble sentimiento que inspira la fraternidad, y con la acción que propicia el trabajo, la disciplina, el orden, la tranquilidad; siempre con la virtud cristiana de servir a los demás.

Defendió la libertad en el campo de las ideas, porque encontró en la Ley Divina, en la Natural y en la Humana, la trinchera y las armas para el triunfo de la justicia y la equidad.

Extremó la modestia en el uso y disfrute de los bienes materiales, como réplica consciente a la ostentación oropelesca de la fatuidad que enferma y perverte.

Ofrendó su madurez a la juventud universitaria, con el acervo de cultura y el tesoro de experiencias, sin egoísmo, sin reservas, sin distinguos, sin dureza, como lo hace el Maestro que acepta y entiende la enseñanza como una misión generosa de transmitir el legado que ha recibido.



Los jóvenes se acercaron a él, con la confianza que inspiran la bondad, la nobleza, la sabiduría y la comprensión. Las generaciones estudiantiles, recibieron su mensaje de cultura, probidad y disciplina. Y cuando la insidencia de las renovaciones apartáronle de la cátedra, su ejemplo dejó abierto el camino de la superación. En las aulas, su nombre, y su recuerdo quedaron grabados para siempre.

En una época convulsa, cuando la crisis de los valores humanos amenaza a la civilización, conservó la fortaleza y la prudencia, alentando con su consejo. Condenaba las ideas disolventes, el vicio y la depravación que amenazan a las generaciones nuevas, predicando el respeto a la persona, la defensa de la dignidad, la pureza femenina, el honor del hombre, la sumisión y obediencia al mandato de Dios.

Con su último esfuerzo, en los días postreros, retornó a nuestra Facultad, para recoger en su corazón, la proclama clamorosa: MAESTRO DE MAESTROS. Como un presentimiento fatal, en ese acto solemne, la gratitud y el reconocimiento se expresaron con voces cortadas y lágrimas. Aquel homenaje, Dios lo sabe, había nacido en la entraña de las generaciones universitarias que jamás podrán olvidarlo.

Ahora, los egresados hacemos oración por su alma.

Descanse en paz el Maestro.